

*Un encuentro con Doris Lessing*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2001. 65 pp. (Col. Cuadernos de Jornadas, 10)

*Un encuentro con Doris Lessing* proporciona oportunidades únicas: conocer las opiniones y puntos de vista de una escritora de la talla de Doris Lessing, que se vierten en la conversación que con ella sostuvieron las maestras Eva Cruz y Charlotte Broad, así como disfrutar de los ensayos escritos por Rosa Beltrán, Charlotte Broad, Julia Constantino y Nattie Golubov. Resulta necesario subrayar que este *Encuentro* no hubiera rendido frutos sin el afán y la perseverancia de la maestra Claudia Lucotti, pues Doris Lessing visitó la Facultad de Filosofía y Letras en 1994.

Ésta es una edición sumamente cuidada y completa; pocas son las erratas que el lector encontrará. Cada uno de los ensayos contribuye a la riqueza y a la diversidad de enfoques que se pueden brindar a la obra de Doris Lessing, aunque creo descubrir en ellos un hilo conductor que deseo resaltar: el tema del espacio y de la mujer. Para ilustrar lo anterior, me referiré a dos de estos ensayos. Rosa Beltrán y Julia Constantino abordan este tema teniendo en mente, claro está, *A Room of One's Own* de Virginia Woolf. De ahí que los lectores y lectoras obtengan un doble beneficio: la visión de Rosa y de Julia, quienes, como buenas críticas, dirigen nuestra mirada hacia la habitación propia como una metáfora del propio ser cuando analizan uno de los cuentos, en mi opinión, más inquietantes y subversivos de Doris Lessing: “To Room Nineteen”, publicado en 1986 en el primer volumen de *Collected Short Stories of Doris Lessing*, tres años antes de la publicación de *The Golden Notebook*, quizás una de las obras más conocidas de esta autora.

Es así que citaré de “Dos mujeres y una habitación propia” de Rosa Beltrán, en su análisis de la vida de Susan Rawlings. Una vida construida a través de una serie de decisiones racionales que ha tomado con su esposo, Matthew, y que la llevarán, inexorablemente, al suicidio:

Su vida actual dentro de la familia se ha disuelto en los otros, en las decisiones “sensatas” que la han convertido en lo que es, ya no la posibilidad de elegir la opción mejor, sino el hecho de ser el resultado de las dos alternativas: la mujer profesionista y creadora, y la mujer que ha decidido cumplir con el deseo de perpetuarse a través de los hijos. Pero también la mujer que, después de hacer un paréntesis en su vida para dedicarlo a su familia, ansía encontrar sentido en aquella lúcida estructura que su marido y ella habían construido con tanta inteligencia. Sin embargo, se trata de un deseo inútil. Nada de lo que ocurre en el mundo externo tiene significado. La vida de Susan se ha vuelto un conjunto de referentes vacíos, de signos que no es capaz de

interpretar. No hay posibilidad de conocer las causas ni de saber en quién recae el error. Se trata, recordémoslo, de una pareja inteligente. Para Susan, la única salida es la desconexión con el mundo. Para ello decide rentar la habitación diecinueve del hotel de Fred y pasar allí mañanas enteras, sin hacer nada, lejos de su familia, inmersa en un vacío liberador. Nada le hará desistir de la búsqueda obsesiva de aquella habitación donde puede sentirse en paz, sin miedo, mientras el silencio va cubriendo cualquier recuerdo (pp. 14-15).

Esta habitación propia, este sórdido cuarto de hotel, se irá transformando en un ominoso refugio falso, invadido también por ese mundo exterior que la persigue y acosa a cada momento. Recordemos la extrañeza de Matthew al no entender la necesidad de Susan de escapar del ámbito familiar. A él le resulta más tranquilizador pensar que Susan tiene un amante, con quien se cita regularmente en ese cuarto de hotel.

Julia Constantino, por su parte, plantea en su ensayo “La búsqueda del espacio en ‘To Room Nineteen’ de Doris Lessing”, la paradoja de una mujer en búsqueda de un espacio propio. La otra cara de la moneda del cuarto propio de Virginia Woolf. Pues a lo largo del cuento, Lessing va tejiendo otra versión: la de una aparente transgresión de Susan que la lleva a la destrucción del cuerpo, de ese cuerpo femenino que ha sido el depositario de la sexualidad, la maternidad y, finalmente, la muerte. De ese cuerpo que se construye a partir de la pasividad, de la prisión de la domesticidad y de la familia: “Bridebed, childbed, bed of death”, como señala James Joyce en el *Ulises*. Palabras que resumen la historia de la mujer y su destino. Ella es el otro, la diferencia, que existe sólo para ser nuevamente capturada, destruida y, finalmente, sometida a la pasividad y al silencio. Es en la pasividad y en el silencio que se cifra su existencia; es allí donde adquiere significado. En palabras de Julia, cito:

Entonces aparece el suicidio como la única solución posible para Susan. No se trata de un acto de autoafirmación, de especial uso del poder, ni de desesperación: las circunstancias la han orillado a un acto que es al mismo tiempo renuncia y liberación. Por un lado, decide encarar la inexistencia de un espacio positivo para ella, esto mediante la negación de todo espacio material y simbólico a través de la autodestrucción que, paradójicamente, le permite recuperar y liberar su alma. Por otra parte, el suicidio muestra cómo Susan, al no poder cumplir con el sancionado objetivo de su existencia y la pérdida de la identidad que le había sido proporcionada, es incapaz de superar su impotencia y de construir alternativas a través de las cua-

les redefinir su vida y asumirse como un ser autónomo con un espacio completamente propio (p. 43).

Como ya se ha hecho notar, las similitudes entre Virginia Woolf y Doris Lessing abundan. No es gratuito que Lessing invoque a su antecesora nombrando al personaje central de su novela *The Golden Notebook*, Anna Wulf. Creo que la manera en que Virginia Woolf se acerca a la autobiografía, a su preocupación por ser mujer y escritora, como a su propia “locura”, se transforman en un legado para Doris Lessing. A través de Anna Wulf, por ejemplo, Lessing parafrasea, en cierta medida, las palabras de Virginia Woolf: “we think back through our mothers if we are women”. Y lo mismo sucede a través de la autobiografía. En “A Sketch of the Past”, publicado en la colección que lleva por título *Moments of Being*, Virginia Woolf describe sus memorias, diciéndonos: “what I write today I should not write in a year’s time”. De manera similar, Lessing, en su autobiografía *Under my Skin*, escribe: “I am trying to write this book honestly. But were I to write it at eighty-five, how different would it be?” Ambas escritoras luchan por recobrar aquellos momentos únicos e irrepetibles. Y es por ello que considero que muchos de los personajes de Woolf y Lessing se hallan inmersos en universos de una notable riqueza y complejidad, de múltiples capas superpuestas que conforman el pasado o, más bien, una variedad de pasados. Y es a través de ellos que se arriba a una “verdad” personal y válida para un cierto momento en un cierto tiempo. Ambas autoras no pretenden brindarnos una “verdad” única o unificadora, basada en la nostalgia o en las distorsiones de la memoria. Ambas nos ofrecen una visión plural y enriquecedora del pasado y de ese presente que, a su vez, se nutre de ese mismo pasado. Finalmente, para cada mujer esto se convierte en su propia “verdad” y en su propia “historia”.

Doris Lessing es una escritora que marcó a una generación de mujeres con la publicación de *The Golden Notebook*. Sus libros han dejado una honda impresión en nuestras vidas, nos han transformado a medida que los leemos. Creo que sólo los grandes artistas pueden crear tal efecto. Un efecto que no es inmediato, que puede llevarnos años en comprender lo que ha producido en nosotros. Doris Lessing posee una sensibilidad única; ella escribe desde la intensidad de sus experiencias, de su propia subjetividad, pero al mismo tiempo posee la calidad profética de muy pocos escritores.

*Un encuentro con Doris Lessing* brinda a sus lectores diversas formas de acercarse a la obra de esta autora, además de que posee una cualidad que Ezra Pound bien supo expresar con estas palabras: “Lo único que el crítico puede hacer por el lector, o el público o el espectador, es enfocarle la vista o el oído”.

Argentina RODRÍGUEZ